



ENIGMAS HISTORICOS

¿INTERVINIERON LOS AMERICANOS EN LA GUERRA DE TROYA?

Debido al miedo que suscitaba el famoso artículo déuterus de la ley de Poemas y Tragedias de la época, los autores griegos no hicieron clara constancia de la intrusión yanqui en la guerra de Troya. Sin embargo, leyendo entre líneas a Homero y otros, saltan a la vista los motivos de la guerra y las repercusiones de la misma.

En plena crisis de Oriente Medio, Troya tomó partido por la causa árabe, viéndose por lo tanto abocada a embargar algo; como petróleo no tenía, se les ocurrió a los troyanos la genial idea de embargar a Helena, lo que provocó la crisis helenística en la Europa occidental y un alza considerable de los precios. Ante los paros y restricciones que el embargo supuso, Grecia no tuvo más remedio que

iniciar la guerra y liberar a Helena, a la que Troya pensó dinamitar al inicio de las hostilidades, oponiéndose Paris, porque estaba más mollar que un pozo petrolífero de Kuwait. Así las cosas, apareció el inevitable Mr. Kissinger para negociar, pero se sentó a Helena en las rodillas y de mediar, nada.

Como no se avanzaba nada, un portaaviones de la Sexta Flota desembarcó un gigantesco caballo, diseñado por un científico alemán afinado en USA, y construido en Nevada, que, lleno de agentes de la CIA disfrazados de lagarterana, se dejó a las puertas de Troya, mientras los griegos simulaban una retirada y un referéndum. Lo que después aconteció es de sobra conocido. ■ CALVINO DE RIOJA.



"MY SECRET LIFE"



—Aquí, mi gigoló. Aquí, el barón Detagli.

Me llenó de orgullo. Nunca, en mis diecinueve años, me habían presentado así. Ni mis padres, ni mis hermanas, ni mis profesores. Y, sin embargo, siempre había sido el mismo.

—¿Su gigoló? —inquirió el barón. Y se encajó el monóculo por

mejor mirarme—. ¡Es admirable...! ¡Qué busto...! ¿De agencia?

—Un anuncio en los periódicos. Tiene muy buenas referencias. Sirvió en casa de los Di Sopra.

—¿Los Di Sopra...! ¿Para todos? ¡Son muchísimos...!

—... E insaciables —respondí.

Sonreí con toda mi alma y la luna se reflejó en mis dientes blanquísimos. Nos despedimos. Le di la mano al barón y aproveché para quedarme con su preciosa sortija. El viejo se dio cuenta, pero no dijo nada. Me dio un teléfono. Descolgué y marqué el número del garaje. Pedí el rolls —amarillo y negro— de mi aman-

te. El barón dejó caer un millón de liras. Lo miré con un fingido desprecio y dije: "Yo no me agacho por dinero. Yo sólo me...". El anciano me miró intensamente y me interrumpió: "Mañana a las nueve, podríamos hablar de negocios...". Dio la vuelta y se perdió entre la niebla exclamando: "¡Los Di Sopra...! ¡Qué barbaridad...!".

La condesa Ornella subió al coche conmigo y me dijo triste:

—No creas que no me he dado cuenta. Has ligado con el barón.

Sonreí con aquella sonrisa de buitre que tanto gustaba a mis profesoras. Mi amante rompió a llorar. Sin decir palabra, sin mi-

rarla, la sacudí un soberbio guantazo y amplí la sonrisa. Ornella se desnudó rápidamente y dijo: "¡Acelera...!". Aceleré. Abri la puerta del coche y la empujé. La condesa cayó rodando por el asfalto embarrado. Unos pocos transeúntes me aplaudieron. "¡Chao...! —grité y me llevé el rolls (Me hacia falta para ir a casa del barón). Eché cuentas. Con un par de millones podría pagar el sanatorio de mamá.

No es que esté enferma, es que la gusta vivir allí para reírse de los enfermos. ■ ADRIANO DI TOLA.

(Continuará)